

Prólogo

La vida como es

Ni más ni menos.

Eso es lo que encontrarán en este libro los lectores, y quizás, aún más, las lectoras.

Al definirse a sí misma como «youtuber a los 40», Olga Margallo Martínez, con sus dos apellidos, despliega la ironía, la sinceridad y el entusiasmo que constituyen los principales atributos de la voz narrativa que ha tejido estas páginas. Debutar como youtuber a su edad es, como dedicarse al teatro, como combinarlo con la maternidad, como emigrar a California con sus hijos, una muestra de su vitalidad, de su audacia.

Lo demás es la vida, su vida, tan semejante en lo esencial a la de cualquiera de sus semejantes. Pequeños acontecimientos cotidianos, grandes decisiones excepcionales, cambios, mudanzas, éxitos y fracasos. Lo que Olga nos ofrece en este libro es una ventana que se acaba convirtiendo en un espejo, un recorrido por su propia intimidad que acierta a desembocar en la intimidad de cada uno de sus lectores.

Si abrir un libro siempre supone emprender un viaje, este les conducirá al fascinante territorio de sus propias vidas, sin decorados ni disfraces.

No desperdicien la oportunidad.

Almudena Grandes



Por una décima...

A los dieciocho años empecé la carrera de Filología Italiana, porque no me llegó la nota para estudiar lo que yo quería: Periodismo y Publicidad. Mi facultad estaba llena de gente que, como yo, tampoco había alcanzado la nota suficiente para entrar en la carrera que habrían deseado; así que allí estábamos, con dieciocho años, sentados en nuestra aula, mirándonos unos a otros y preguntándonos cómo había podido ser que una tilde mal puesta o una «h» intercalada olvidada en nuestro examen de selectividad hubieran cambiado para siempre nuestro destino...

Las clases estaban llenas de goteras; éramos casi trescientos alumnos por aula; y la poca motivación de muchos de nosotros hacía que el ambiente en la facultad fuera un poco deprimente. Los que nos sentábamos arriba del todo, al final de las gradas, no escuchábamos bien la voz del profesor. Así que la frase «¿qué ha dicho?» bajaba recorriendo aquella aula gigante hasta llegar a los alumnos de las primeras filas.

— ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Las respuestas de nuestros compañeros cercanos al profesor subían a veces tan distorsionadas que al llegar a nuestros oídos habían perdido todo el sentido. A mí, a veces, me entraba la risa. Me parecía todo absurdo, era como si estuviéramos jugando al teléfono escacharrado: «Qué ha dicho», «qué ha dicho», «qué ha dicho...». La frase pasó a ser un chiste recurrente cuando nos juntábamos a tomar café entre clase y clase.

Un día por la mañana, como todos los días, mi padre me llevó a clase en su coche. Ya habíamos entrado en la Ciudad Universitaria, y a mí me salió un suspiro de esos que sirven para varias cosas: «No puedo más», «qué asco», «qué aburrimiento», «qué pereza»... Mi padre me miró, se sonrió y me dijo:

—¿Y ese suspiro?

Le dije que no estaba muy ilusionada con lo de la filología, que me costaba trabajo asistir cada día, pero que iba a seguir haciéndolo. Mi padre, nada afectado y tan tranquilo, me dijo que dejara de ir a las clases y que nos fuéramos los dos a desayunar por ahí... que no había que hacer cosas que a uno le amargaran la vida, y que así podría dedicarle más tiempo a mis clases de teatro, que tanto me gustaban. Yo no podía creer lo que me acababa de decir...

—¿Me estás diciendo que deje la carrera? ¿Que no vuelva más? Si lo que yo necesito es que me animes a seguir estudiando, que me digas que tengo que venir, que la Universidad es muy importante...

—Bueno, pues te animo a que sigas estudiando lo que no te gusta, y que te aburras como una ostra.

Me cabreé con él, y en un cambio de roles como de madre a hijo le dije, un poquito más alto de la cuenta:

—Es que no entiendo que no veas lo importante que es estudiar y acabar una carrera; no entiendo que no te des cuenta de lo importante que puede ser esto para mí.

Mi padre frenó. Acabábamos de llegar a la puerta de mi facultad. Yo no tenía ningunas ganas de bajar del coche, nos quedamos los dos un ratito en silencio, como en una escena de una bonita película argentina. De pronto, mi padre, con un italiano inventado pero con un acento increíblemente perfecto, me dijo:

—Yo no se tú, pero yo voy andare a tomare unos churrinis con il cafetini.

Yo tenía la mano preparada para abrir la puerta del coche; no quería bajar, pero tenía que hacerlo. La puerta estaba rota, y siempre se quedaba atascada, así que mi padre, de nuevo con acento italiano, gritó:

—Andiamo a por el cafetini —y aceleró.

Mi enfado se convirtió en un ataque de risa, y como en realidad yo estaba deseando no ir a clase, a los veinte minutos estábamos los dos desayunando en Herza: la cafetería con los mejores churros de todo Madrid. Nunca más volví a la Universidad.



Teatro

Gracias a esa decisión de abandonar la carrera de Filología Italiana, pude centrarme de lleno en mis estudios de teatro. Tuve la suerte de ser admitida en la Real Escuela Superior de Arte Dramático, donde estudié cuatro años de Interpretación y cuatro de Dirección. La gente que conocí, y los conocimientos que adquirí, hicieron que fuera una de las mejores etapas de mi vida.

Así que muchas veces, por la noche y antes de dormirme, tengo la costumbre de preguntarme si lo que hago me gusta; y si no lo veo claro me digo a mí misma eso de: andiamo a por el cafetini, que no es otra cosa que cambiar de rumbo.



